

PÚRPURAS SOLARES



I

Desángrase la tarde en tus ojeras
con fugas de amatistas y rubíes,
en tanto que, enigmática, sonríes
á la ambigua ilusión de mis quimeras.

Sobre el mar se recorta, incandescente,
tu señoril y heráldica silueta,
en los oros sangrantes y el violeta
de la profusa tarde decadente.

En el áureo verdor de la arboleda
diafaniza la luz tu piel de seda.
Bajo el rojo dosel de tu sombrilla

que en el incendio del ocaso arde,
en el rubí de tus pupilas, brilla
la crueldad lujuriosa de la tarde.

II

Todo es viva colmena de alegría.
Campanas de cristal tocan á fiesta,
y el sol hace brillar á la floresta
con su capa pluvial de pedrería.

Bajo la transparencia azul del velo
que idealiza tu cálida hermosura,
reflejan tus pupilas la ternura
de los zafiros pálidos del cielo.

En los ustorios trémulos del río,
 á la clásica sombra de las parras,
 con tu belleza y mi lujuria á solas,

eres símbolo humano del Estío,
 con tus cabellos áureos de cigarras
 y tus senos sangrientos de amapolas.

III

En una insinuación de ofrecimiento
 tu mano abandonaste entre la mía.
 Calor de nidos y de paz, el viento
 en la tarde y nosotros, difundía.

Olía á rosas tu corpiño blanco,
 y mostrando, al pasar, con la mirada
 la soledad propicia de aquel banco,
 suspiraste á mi oído : —Estoy cansada.

Y en el musgo, que amparan las umbrías,
te reclinaste silenciosamente,
con una leve repulsión caduca.

Y tu pudor baló sus elegías,
como un cordero que, temblando, siente
los dientes del león sobre la nuca.

IV

Junto á la fuente que alza en la glorieta
la alígera blancura de un Cupido,
entre mis brazos suspiraste inquieta
bajo el fragante naranjal florido.

Desabrochó mi mano el camafeo
que á los hombros la túnica prendía,
y tus senos, hinchados de deseo,
su mármol dieron á la luz del día.

Mas alzando de pronto la cabeza,
en un gesto de orgullo y de fiereza,
de tu cabello desataste el nudo,

y á tus senos rodó su áureo tesoro,
¡para envolver á tu pudor desnudo
en su manto imperial de seda y oro!

V

¡Oh, divino temblor! Cuando desnuda
por vez primera á la mujer amada,
¡qué torpe nuestra mano desanuda
la efimera ilusión de una lazada!

Ella de nuestros brazos se desprende,
y al suelo baja su mirar sereno,
y con las manos ocultar pretende
las magnolias de mármol de su seno.

Nos mira, con mirada lacrimosa,
busca un refugio sin saber adonde;
hasta que al fin, ligera y ruborosa,

burlando nuestros lúbricos antojos,
entre las blancas sábanas se esconde,
subiéndose el emboce hasta los ojos!

VI

Deja que el velo de tu cuerpo aparte.
Mármol será, bajo la azul esfera.
Ya floreció la nueva Primavera
para darte dosel y enguirnaldarte.

Desnuda cual los mármoles, mi Arte
así te quiere ver. La vida entera,
extáticos los ojos, estuviera
postrado ante tus pies para adorarte.

Es la Belleza imperturbable y muda
 la única religión en la que creo,
 y tu belleza, para orar, me basta.

No temas que mirándote desnuda
 enturbie mis pupilas el Deseo...
 La desnudez, si es bella, es siempre casta.

VII

Bajo el sol de la tarde nazarita,
 junto al fausto oriental de tu belleza,
 soy un mendigo escuálido que reza
 en el áureo mirab de una mezquita.

Yergues tu busto astral y resucita
 con una salomónica grandeza,
 en el bronce inmortal de tu cabeza
 el gesto incitador de Sulammita,

Y ya libre de escrúpulos serviles,
en el regio crepúsculo sonoro,
sobre el verde tapiz de la enramada,

con mis manos voraces y viriles
de su estuche imperial de seda y oro
tu cuerpo desnudé como una espada.

VIII

En el silencio del jardín la sombra
tiene un nupcial perfume de rosales.
Hay diamantes de estrellas en la alfombra
y un éxtasis de luna en los cristales!

En la baranda del balcón aguardo
— y en laberintos lúbricos me pierdo, —
ese vago y sutil olor á nardo
conque suele anunciarse tu recuerdo!

Con sus áureas molduras se vislumbra
el tálamo dormido en la penumbra,
que espera en el silencio de estas noches,

esa caricia imperceptible y única
que producen las sedas de tu túnica
al desprenderse de sus áureos broches!

IX

Palidece tu rostro sobrehumano;
mirándote en mis ojos te extasías,
y trémula de amor entre las mías
siento latir las venas de tu mano.

Levantas la cabeza con un gesto
de entrega, y tenebroso y ondulante
sobre la palidez de tu semblante
desciende tu cabello descompuesto.

Sonríes, con los dientes apretados,
y tus dos senos tímidos parecen
bajo la gasa que te vela el pecho,

dos niñitos mellizos asustados
que, abrazados al cuello, se estremecen
bajo las blancas sábanas del lecho!

X

Siento una postración de cosa muerta
y una vaga inquietud de cosa viva
dentro de mí... ¡Oh, ven, boca lasciva,
y háblame, como ayer, en la desierta

cámara silenciosa y empolvada
donde quedaron para siempre impresos
la musical lujuria de tus besos
y el fosfórico ardor de tu mirada!

En el revuelto lecho, la fragancia
cálida de tu carne, da á la estancia
un aroma sutil á ramos secos

de azahar, y los ropajes blancos
como moldes de amor guardan los huecos
que dejaron tus senos y tus flancos!

XI

Las pompas imperiales de tu fausto
de orgullosa princesa bizantina,
me dejaron exánime y exhausto
sobre las sedas de tu piel felina.

Y como aquel que conquistó un tesoro
ó ganó en la batalla una corona,
me dormí triunfalmente bajo el oro
de tu regia melena de leona.

Y del alba á los míticos destellos,
á través del temblor de tus cabellos,
miré, sobre el tapiz florilesado,

— prendas que abandonaste en la derrota —
algún áureo collar desengarzado
y alguna cinta ensangrentada y rota.

XII

Quedó en mis manos un jirón de encaje;
te escapaste de mí como una sombra,
mas al huir, se te enredó el ropaje
y rodaste de espaldas en la alfombra.

Te curvé bajo el yugo de mis brazos,
y de mis dientes la caricia ruda
rasgó cendales y deshizo lazos
hasta dejar tu castidad desnuda.

Y allí, sobre la alfombra, entrelazadas
las sombras como hiedras agitadas,
confundidas en un bárbaro grito

nuestras bocas rampantes y lascivas,
resucitamos el antiguo mito
del amor, en las selvas primitivas.

XIII

El índice en el labio sonriente
y la mirada prometiendo goces,
ante mí apareciste, de repente,
como al conjuro de mis propias voces.

Y replegando el cortinón de seda
carmesí, que á tu alcoba impide el paso,
— Entra — dijiste, con la voz tan queda
como un temblor agónico de raso.

Y sobre los moriscos almohadones,
nuestras carnes y nuestros corazones,
como dos pareados acoplamos.

Rimamos todos los diminutivos,
y el divino soneto terminamos
con un temblor de puntos suspensivos.

XIV

Eres sobre mis páramos solares
donde tus gemas bíblicas coloro,
la alta palmera de racimos de oro
del divino Cantar de los Cantares.

Sobre leonada piel, muestras, lasciva,
tu mármoleo impudor. La piel parece
que, triunfal de lujuria, se estremece
cual si estuviese, á tu contacto, viva.

Y al alcanzar tu intacta primavera
y entre mis brazos aspirarla esclava,
mi beso es tan voraz y tan profundo,

igual que si á mis labios ascendiera,
para fundirte en su encendida lava,
como un volcán, todo el amor del mundo!

XV

El trágico negror de la mantilla
nimba la palidez de tu semblante,
y lo insaciable de la fiebre brilla
en tu oscura mirada alucinante.

Todo es tiniebla en ti; todo es arcano;
y entre las tocas, al surgir incierta,
la física blancura de tu mano
es el recuerdo de una mano muerta.

El perfil desolado de tu sombra
proyectas en mis noches... Tu mirada
amortaja mi vida en su negrura.

Y cuando el labio trémulo te nombra
surges de mis recuerdos, empolvada,
como del fondo de una sepultura.

XVI

La gran tristeza del que nada espera
da á tu actitud una expresión sagrada,
y se hace más oscura tu mirada
bajo las noches de tu cabellera.

Por mis sueños de amor pasa ligera
tu tuventud¹ enferma y enlutada,
como una sombra gris desenterrada
por los jardines de la Primavera.

En ti se pudren muchas cosas muertas,
y al hablar, en mi espíritu despiertas
remordimientos que ancestrales gimen.

Y en tus manos, agudas cual puñales,
aún parece que sangran las señales
de algún remoto y tenebroso crimen.

XVII

Siempre voraz á mis insomnios vienes
á despertar mis ímpetus bestiales,
y en el umbral, desnuda, te detienes,
á envenenar de sombra tus puñales.

En el misterio de tus ojos brotan
fugaces y fosfóricos destellos,
y aires de tempestad crisan y azotan
el nocturno terror de tus cabellos.

Todo mi sér desgárrase á pedazos
cuando en la torva angustia del vacío
tu hambre de loba monstruosa, aúlla.

— ¡No esperes libertarte de mis brazos,
porque has de ser eternamente mío
como yo eternamente seré tuya!

XVIII

El frenesí de tus pupilas turba
un deseo sangriento y dolorido,
y mi torso, epiléptico, se curva
sobre ti, como un arco distendido,

mientras entre suspiros y entre besos,
bajo el azote de tu cabellera,
siento crugir hasta mis propios huesos
entre tus finos dientes de pantera.

Me abrasa el fuego de la calentura,
y aferrado á la crín de tu locura,
me lanzo en las tinieblas del vacío,

siempre ligado á tí, sombra maldita,
oyendo el eco de tu voz que grita :
— Soy tuya... y para siempre serás mío!

XIX

Con tu belleza helada y peligrosa
de quimérica cumbre inaccesible,
hiciste de mi vida una angustiosa
saudade de infinito y de imposible.

Mi alma se muere de melancolía
bajo la cotidiana pesadumbre,
porque sólo su sed calmar podría
el agua luminosa de tu cumbre.

Para saciar su ardor en la corriente
más pura de tus aguas cristalinas,
todo cuanto en mí piensa y en mí siente

ser águila quisiera, mientras bella
alzas tu faz, rasgando las neblinas,
para alcanzar el beso de una estrella.

XX

Tú también sueñas con saciar un día
la sed del temerario peregrino,
que por beber tus aguas desafía
el peligro y las nieves del camino.

Y esperas tu romántico Himeneo,
ornada de azahar y velos blancos,
mostrando á lo imposible del Deseo
la desnuda lujuria de tus flancos.

¡Oh, peligrosa cumbre inaccesible,
siempre serás la eterna prometida
de este amor infinito é imposible!

Porque es preciso, para poseerte,
abandonar las glorias de la Vida
y atravesar los hielos de la Muerte!

XXI

Siente aquel que contempla tu hermosura
en las venas el frío de la muerte,
y al fulgor de tu gélida blancura
en una blanca estatua se convierte.

Lo que hay en todos de brutal despierta
y adquiere formas y modelaciones...
Unos tienen un par de alas abiertas
y otros grupas y zarpas de leones.

A tu paso, deshójase de asombro,
el blanco loto sobre la laguna.
Pasas, con la guadaña sobre el hombro,

y un lúgubre blancor de todo arrancas,
igual que un rayo gélido de Luna
por un camino astral de esfinges blancas.

XXII

Ya es tiempo de morir, Melancolía,
que devoras mis ansias más vitales,
y que en la tumba de mis elegías
broten las rosas de los madrigales!

Yo cerraré mi alcoba de poeta
donde aún un eco funeral te nombra,
para que no proyecte tu silueta
el maléfico influjo de su sombra!

Bajo la luz del porvenir me pierdo,
mirando los despojos que conservas
á la paz de los fúnebres cipreses...

Yo arrancaré del alma tu recuerdo,
como se arrancan esas malas hierbas
que se comen el jugo de las mieses!

LAS QUIMERAS PERDIDAS

